

orgullosos y fanático servidor de los intereses de su soberano. Su único defecto consistía quizás en ser demasiado activo para el reflexivo y mesurado Felipe.

La cualidad que los observadores más superficiales podían notar en Felipe II era su ejemplar devoción, el sincero ardor con que profesaba las doctrinas y se entregaba á las prácticas de la Iglesia. No por esto era Felipe un hijo sumiso de la Santa Sede, pues como príncipe del reino católico más poderoso, como defensor y protector de la Iglesia, y apoyándose en su catolicismo de que hacía orgullosa ostentación, creía poder ejercer sobre ella cierta influencia. El españolismo y la ortodoxia parecían tener igual importancia

á los ojos de aquel monarca y de su pueblo; así es que no retrocedía ante un conflicto con el Papa, cuando este se ponía en pugna con los intereses políticos de España ó se negaba simplemente á realizar dentro de la Iglesia los principios religiosos que la nación española defendía. Además Felipe era harto déspota para consentir que la Curia se mezclara en los asuntos interiores del clero español (1).

El destino quiso que Felipe, jefe y defensor de la Contrarreforma, dirigiese sus primeras armas contra la Iglesia.

Cárlos V, en su ardiente deseo de que su hijo comenzara pacíficamente su reinado, había firmado á principios de 1556, en Vancelles, un desventajoso armisticio con los franceses,



El duque de Alba

á pesar de la cual no pudo conseguir su objeto. Desde la primavera anterior ocupaba el Solio pontificio Paulo IV (2), es decir aquel cardenal Caraffa que había sido el caudillo del partido de la reacción religiosa. Apenas nombrado Papa, ocupóse exclusivamente en fomentar los intereses políticos del Pontificado con un apasionamiento y una impaciencia que daban á conocer claramente su carácter. Su familia se contaba, desde hacía muchos años, entre las que en Italia se mostraban adictas á Francia; y de aquí que concentrara todo su odio contra los españoles, á los cuales cuando el vino de Nápoles se le subía á la cabeza, llamaba «herejes, malditos de Dios, escoria del mundo, descendientes de judíos y de moros.» Con auxilio de los franceses, quiso arrojar á los españoles de Italia, y á este efecto hizo cuanto pudo para reducir á los franceses á que violaran el armisticio de Vancelles. Conseguido esto, mandó instruir en Roma un proceso

(1) Philippon, *Felipe II de España y el Pontificado*. Revista histórica: nueva continuación III, 269, 419.

(2) L. de Ranke, *Obras varias*, XXXVII, 183.

de excomunión contra el emperador y el rey de España, y encarcelar á todos los embajadores y funcionarios que tenían estos en Italia. Bajo el punto de vista de los intereses católicos era criminal por parte del Papa esta lucha con el defensor más poderoso y más decidido del catolicismo. Felipe recogió al momento el guante; castigó severamente al portador de la bula papal de excomunión y, fortalecido con el apoyo de una asamblea de prelados españoles adictos á su rey y á su patria, mandó á su gobernador en Nápoles que penetrara en los Estados de la Iglesia.

Este gobernador era D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, descendiente de una de las familias más nobles, aunque no de las más ricas, de España, hombre de unos cincuenta años, flaco, de pequeña cabeza, y de rostro sombrío y moreno. Llevado por su abuelo, el conquistador de Navarra, á la carrera de las armas, alcanzó rápidamente los más altos puestos de la milicia, por sus especiales artes y su habilidad política. A un orgullo, mayor del que suelen tener los mismos españoles, y á un amor propio desmedido, unía un carácter taciturno y envidioso y era generalmente

aborrecido en todas partes (1). Si sus consejos no eran seguidos, se consideraba personalmente humillado y solía retirarse por algunos meses de los negocios hasta que se le confiaba otra misión. Su gran experiencia en las cosas políticas y militares le hacía necesario al rey, á quien era incondicionalmente adicto, y de cuyo fanatismo religioso-nacional participaba. En la guerra, se distinguía por su prudencia y prevision, renunciando á las empresas que más probabilidades de éxito ofrecían, mientras no se descartara de ellas toda posibilidad de un fracaso; y llevaba tan lejos esa circunspección, que muchos le acusaron de cobarde. Una vez recibió un anónimo con este sobreescrito: «Al ilustre duque de Alba, capitán general de Su Majestad en tiempo de paz y gran maestro de la corte en tiempo de guerra (2).» Pero este desprecio se le hizo sin razón alguna, pues en los más de los casos sabía conseguir perfectamente el objeto que se proponía.

Alba creía, aun más que su soberano, que toda hostilidad contra España, aun cuando procediese del mismo Papa, era un ataque contra la religión. Después que hubo escrito al Pontífice una carta en la cual le acusaba de tirano, de inhumano, de falso y de cruel, y le llamaba *padrastró de la cristiandad*, penetró, al comenzar el mes de setiembre de 1556, en los Estados pontificios con un ejército pequeño, pero atrevido y valeroso. El ejército del Papa, compuesto, como en los tiempos modernos, de romanos astutos y de poca confianza, de valientes pero indisciplinadas tropas mercenarias, y cuyos 3,000 mejores soldados eran protestantes alemanes que se burlaban de todas las prácticas religiosas, no pudo organizar una seria resistencia. Paulo IV que en un principio quiso castigar con pena de muerte á todo el que hablara de paz, se vió obligado á firmar en noviembre un armisticio de cuarenta días, dejando en poder de los odiados españoles todas las fortalezas del Sur de los Estados de la Iglesia.

Este armisticio, sin embargo, no tenía más objeto que ganar tiempo y esperar á que llegase el ejército francés que conducido por el duque de Guisa acudía al auxilio del Papa.

Llegado que hubo Guisa á los Estados del Pontífice, comenzó de nuevo la guerra: los soldados pontificios y los franceses se dirigieron á las fronteras de Nápoles, donde promovieron una sublevación contra la dominación española que con tan pocas simpatías contaba en aquella comarca; pero la inconstante población, viendo que los españoles eran más fuertes, continuó prestando obediencia pasiva á estos; lo cual unido á las dificultades que surgieron entre el de Guisa y los caudillos pontificios, dió por resultado que los aliados se desanimasen y regresasen á Roma. El duque de Guisa, tomando por pretexto la derrota que los franceses acababan de sufrir en las fronteras de los Países Bajos, se apresuró gozoso á abandonar un país donde seguramente no hubiera conquistado gloria alguna.

El alejamiento de los franceses puso á Paulo IV á disposición de los españoles: con una lentitud que muchos calificaban de excesiva, avanzó el duque de Alba por los territorios del Papa, apoderándose una tras otra de todas las ciudades: Roma comenzó á temblar y no se atrevió á oponer resistencia alguna recordando los horrores que treinta años antes habían acompañado á la conquista española. Paulo IV vióse obligado á rendirse y delegó á su sobrino Caraffa para

(1) El gran duque de Alba no tenía por qué envidiar á nadie. Valía mucho, conocía todo su valor y esto le hacía orgulloso. (*N. del T.*)

(2) *Relacion de Fed. Badoero*, pág. 279.—*Relacion de Pablo Tiepolo* (1563).

que entrara en negociaciones con el de Alba (setiembre de 1557).

Felipe aceptó sus proposiciones, no guiado por un sentimiento religioso ni por el espíritu de sumisión al Papa, sino por la consideración de que todo su programa político, así en lo interior como en lo exterior, descansaba en un estricto catolicismo, y de que este podía conciliarse con algunas pequeñas disidencias con la Curia romana, pero no con una hostilidad constante y sistemática. El Papa no tuvo que prometer más que mantenerse neutral, y á cambio de esta promesa no solo recobró las plazas que le habían sido arrebatadas, sino que el duque de Alba por orden de Felipe se postuló á sus plantas, implorando la absolución por el delito de haber hecho armas contra la Santa Sede. El de Alba se resistía á desempeñar el papel que le había señalado su soberano, y al anciano emperador de Yuste parecióle tan exagerada la humillación á que se sometía su hijo, que no quiso nunca oír hablar de ella. En realidad, sin embargo, el rey no había renunciado á nada, y él y sus consejeros limitaron cada vez más la influencia que el Papa ejercía en el clero español.

Lo propio que en Italia, habíase decidido en los Países Bajos la victoria por los españoles.

Felipe II, en una segunda y corta visita que hizo á Inglaterra (1557) había conseguido que, contra los verdaderos intereses nacionales y contra el deseo del pueblo inglés, su apasionada esposa, la reina María, declarase la guerra á Francia, ocupándose él en tanto en hacer y ampliar los preparativos que por su parte le correspondían para la lucha. El monarca nombró jefe de su ejército, compuesto de alemanes, españoles y flamencos, al duque Manuel Filiberto de Saboya, despojado por los franceses de sus dominios, hombre que, aunque joven, era guerrero experto, de costumbres intachables, de gran talento y de educación esmeradísima. Felipe, que no gustaba de los ejercicios corporales, ni de la vida militar y que no se ponía, como su padre, al frente del ejército, no podía encontrar, en una época en que faltaban generales de primera fila, mejor jefe para sus tropas ni representante de mayor confianza que Manuel Filiberto de Saboya.

Este comenzó por sitiar la importante y rica ciudad fronteriza de San Quintin, cuya pequeña guarnición, mandada por el célebre almirante Coligny, se defendió con heroica audacia. Para salvar la plaza y su dotación, acudió á ella el condestable de Montmorency, favorito de Enrique II de Francia, pero en 10 de agosto de 1557 fué completamente derrotado y hecho prisionero. El ejército francés quedó en completo desorden, y París mismo esperaba ver llegar de un momento á otro ante sus muros al enemigo. El duque de Saboya aconsejó un enérgico ataque contra el corazón mismo de las enemigas fuerzas, opinión que aprobó desde su apartado retiro Cárlos V; mas este paso atrevido no mereció la aprobación de Felipe II, el cual, después de la batalla, se había apresurado á hacerse cargo del mando del ejército. Sus procedimientos eran dictados por una precaución extrema; temía encontrar fortalezas y ríos á su paso, y sobre todo lo que más temor le inspiraba era el patriotismo del pueblo francés que había podido observar, con gran perjuicio suyo, durante las repetidas invasiones que en Francia había intentado su padre. Así fué que con menos pretensiones, aunque también con menos peligro, no hizo más que continuar el sitio de San Quintin, ciudad que, á las pocas semanas, fué tomada por asalto. Entonces era la ocasión oportuna de lanzarse rápidamente sobre la aterrorizada capital de Francia; pero Felipe se contentó con atacar y tomar algunas plazas de escasa importancia, dando á los franceses tiempo suficiente para rehacerse moral y materialmente de la derrota sufrida y para organizar un nuevo y formidable ejército. La

carestía se dejó sentir tanto entre los invasores que al comenzar la mala estación del año Felipe tuvo que licenciar una gran parte de sus tropas. De esta suerte, el éxito de la expedición fué muy mediano para España, por mas que la batalla de San Quintin realizase en gran manera el buen nombre militar español. El religioso Felipe II, en acción de gracias al santo del día de la batalla, levantó el grandioso monasterio de San Lorenzo en el Escorial, dándole la forma de las parrillas, en las cuales, según se cuenta, murió aquel Santo. Ocho millones de ducados costó este monumento. Habiéndose llamado la atención de un embajador portugués sobre la grandeza de aquel palacio-convento, contestó: «¡Cuán grande debe de ser la angustia de su fundador!»

Los franceses, mandados entonces por el excelente y emprendedor duque de Guisa, que había regresado de Italia, estaban muy léjos de poder seguir en buenas condiciones la guerra; así es que aprovechando la momentánea debilidad de los españoles, tomaron la ofensiva y fingieron amenazar el territorio de los Países Bajos. En realidad los primeros golpes del ejército francés iban dirigidos á otro objeto. Al comenzar el mes de enero de 1558, atacó de repente el de Guisa á Calais, la última posesión que hacia 200 años conservaban los ingleses en suelo francés, el último trofeo de las victorias de Crecy, Poitiers y Agincourt, tomándola al cabo de veinte días. Toda la Francia se llenó de júbilo por un éxito que borraba completamente la ignominia de la guerra inglesa y que demostraba la inagotable riqueza de la Francia.

El de Guisa no tuvo los escrúpulos que algunos meses antes había tenido Felipe II para seguir adelante en su empresa; antes al contrario, sus soldados entraron victoriosos al mismo tiempo en Luxemburgo y Flandes. Manuel Filiberto se apresuró á organizar un cuerpo de 14,000 hombres que lanzó contra los franceses de Flandes. Estas tropas, precipitadamente reunidas, estaban mandadas por un jefe de caballería, Lamoral, conde de Egmont, noble lleno de fuego, de vida y de valor, pero orgulloso y presumido. Egmont atacó, junto á Gravelinas, en 13 de junio de 1558, al cuerpo de ejército del mariscal de Termes y logró derrotarle por completo, con el apoyo de una escuadra inglesa que á tiempo oportuno llegó á su auxilio.

La batalla de Gravelinas no fué en sí de bastante importancia para ejercer una influencia decisiva en el curso de los sucesos de la guerra, pero á lo menos restableció el equilibrio entre franceses y españoles. Ambos reyes, en tanto, se iban paulatinamente disgustando de una guerra que hacia casi medio siglo que duraba, sin resultado alguno definitivo, y que aniquilaba á los dos pueblos. Felipe II no tenia aficiones belicosas, y Enrique II había visto sus ejércitos derrotados en dos grandes batallas, á su favorito Montmorency prisionero, y á la odiada casa de los Guisas adquiriendo por causa de la guerra cada día mayor influencia.

Además, el protestantismo se mostraba cada día mas atrevido é irresistible no solo en los Países Bajos sino también en Francia, y ambos monarcas, como buenos católicos, deseaban unir sus esfuerzos contra el enemigo comun. Las negociaciones que á este objeto se entablaron en Chateau-Cambresis, no podían dejar de tener buen éxito. Enrique II estaba dispuesto á hacer los mayores sacrificios, como lo prueba el hecho de que á cambio de las pocas plazas que habían conquistado los españoles renunció á las vastas conquistas que sus ejércitos habían hecho en el Luxemburgo, en la Saboya y en el Piamonte. Solo en un punto no quisieron ceder los franceses y este era el relativo á Calais, pues no querían que la devolución de esta plaza volviera á abrir á los ingleses las puertas de Francia. Por otra parte, María no se atrevía á renunciar á ella y Felipe no podía abandonar en

esta cuestión á su esposa que por su causa había tomado parte en la lucha. Este obstáculo fué, sin embargo, vencido.

Los últimos años de María fueron en extremo desgraciados: la impaciencia que la ausencia de su infiel esposo le causaba, la consumia y á las penas que su amor sufría se agregaban los disgustos que tenia por causa de sus sentimientos religiosos. Como aliada de Felipe hubo de participar también de la cólera del Papa, el cual acusó de herejía al amigo de María, el cardenal Pole, desposeyéndole del cargo de legado suyo en Inglaterra que confirió á un monje franciscano. El pueblo estaba altamente descontento; las cosechas se presentaban malas; el hambre y la peste asolaban el país, de suerte que era opinión general que dentro de dos años habría emigrado por lo menos la tercera parte de la población inglesa. Por otro lado, esta nación empobrecida se veía constantemente cargada de contribuciones y de empréstitos forzosos para atender á una guerra que era contraria á sus intereses y que solo perjuicios y desgracias le producía. La toma de Calais por los franceses hirió profundamente el orgullo nacional inglés, sobre todo habiendo fracasado las tentativas que se hicieron para reconquistar la ciudad. Las ejecuciones de rebeldes y el suplicio de los herejes que eran llevados á la hoguera llenaron al pueblo de horror y de aversión hácia un gobierno que, mostrándose fuerte solo contra los débiles, llevaba la ignominia y la desgracia al país. Las milicias, que se organizaron para hacer frente á los ataques de los franceses, se negaron á obedecer. A pesar de las severas disposiciones de la reina, agrupábase en torno de los protestantes condenados á muerte, una compacta multitud que animaba á los mártires y que con ellos oraba y cantaba hasta el punto de que los tribunales solo se atrevieron á hacer las ejecuciones de noche. La infeliz María que por doquiera se encontraba con enemistades, desengaños y desastres y que cada vez se hallaba peor de la hidropesía que la aquejaba, murió en 17 de noviembre de 1558; pocas horas después falleció también el cardenal Pole, con lo cual terminó la Contrarreforma de Inglaterra. María había querido someter su Estado á la jerarquía romana y al españolismo, sin conseguir mas que atraerse la enemistad de la nación. A la hora de su muerte reconoció su error: la obra de toda su vida había fracasado.

Sus mismos amigos se alegraron de su muerte, con la cual se facilitaba el medio de hacer la paz, pues por un lado disminuían los deberes morales que para con Inglaterra tenia Felipe, y por otro el nuevo gobierno inglés halló tan ocupada su atención en los asuntos interiores, que respecto de Calais se contentó con una promesa insegura de que esta ciudad le sería devuelta algun día. De esta suerte y con general aplauso firmóse en abril del año 1559 la paz de Chateau-Cambresis, en virtud de la cual se devolvieron á España y á Saboya los territorios que poseían antes de la guerra. Inglaterra y Alemania fueron las que mas perdieron en ella, pues la primera se quedó sin Calais y la segunda vióse despojada de sus tres obispados lorenenses de Metz, Toul y Verdun.

Esta paz, que en Francia causó gran descontento (1), fué en extremo ventajosa para España, pues Felipe II recobró todos los territorios que su padre había perdido en su última guerra con los franceses: 196 fueron las plazas que Enrique II hubo de devolver al de España y á su aliado Manuel Filiberto de Saboya. Felipe, que todavía se encontraba en los Países Bajos, había dirigido personalmente las negociaciones en las cuales demostró que ya que no un general, era uno de los primeros diplomáticos de Europa.

(1) *Memorias de Blaise de Montluc*, libro 4; Michand y Pujolat, tomo VII.—*Memorias de Boyvin de Villars* (secretario del mariscal de Brissac) libro 10 y tomo X.

Cárlos V no pudo ver establecida esta paz, pues había fallecido en setiembre del año anterior: uno de los últimos encargos que dejó á su hijo, fué que consumiera en las llamas de las hogueras las doctrinas protestantes que todavía existían en España. En este punto, encontró en Felipe un discípulo aventajado: pues la paz de Chateau-Cambresis había sido principalmente firmada para dirigir todas las fuerzas de las monarquías católicas contra la herejía que iba tomando proporciones alarmantes.

En Italia, nación que en su mitad pertenecía á España y en el resto estaba sometida á la influencia española, el protestantismo estaba vencido. En 1542, el Papa Paulo III creó, á imitación de la española, la Inquisición pontificia, que fué organizada por el inflexible, austero, apasionado y fanático cardenal Caraffa. Nada mas notable que las reglas que trazó Caraffa para este tribunal. «En cuestiones religiosas, decían las instrucciones, no hay que titubear, sino que, á la menor sospecha debe procederse con todo rigor: no se ha de guardar consideración ni á los príncipes, ni á los prelados, debiendo procederse con mayor severidad contra aquel que pretenda ponerse bajo la protección de un gobernante, y no debiendo tenerse tolerancia alguna respecto de los herejes y especialmente de los calvinistas (1).» La Inquisición dió desde luego muestras de gran actividad (2). Bernardino Ochino, á pesar de ser general de la orden de los capuchinos, tuvo que abandonar su patria, á causa de la defensa que públicamente hacia de los protestantes, y refugiarse en Ginebra (3), á donde le siguieron los mas importantes individuos de su orden. Pedro Mártir Vermigli y muchos de sus adeptos siguieron el ejemplo de Ochino. Curione y otros muchos protestantes de la Alta Italia no encontraron tampoco otro medio de salvación, pues el que no huía se veía encarcelado y conducido á la hoguera, especialmente después que Caraffa, con el nombre de Paulo IV ocupó el Solio pontificio. Formáronse procesos de herejía contra los obispos Foscarari de Módena y San Felice de La Cava, y contra un cardenal, Morone. Victoria Colonna, la ilustre poetisa, la protectora y amiga de Miguel Angel, solo con la muerte pudo librarse de las persecuciones del Santo Oficio. Nadie podía considerarse seguro; así á la muerte de Paulo IV, el pueblo invadió el edificio que ocupaba la Inquisición y puso en libertad á los setenta infelices que gemían en sus calabozos; pero pronto volvió el terrible tribunal á ejercer su ministerio. Las Academias de Módena y Nápoles que se mostraban adictas á la Reforma tuvieron que disolverse, y muchos amigos de Valdés hubieron de apostatar de sus creencias. Al protonotario del Papa, Carnesechi, antiguo amigo de Valdés, no le salvó su elevada categoría, ni á Paleario, profesor de Milan, le valió su fama de sabio: ambos fueron encarcelados y condenados á muerte. La Iglesia romana reorganizada procedía de un modo brutal y desconsiderado, pero que se veía coronado de éxito. A los pocos años, la Inquisición pontificia y episcopal se había extendido por la Italia

(1) Ranke. *Obras completas*: obra XXXVII, 137.

(2) Véase Cost. Corvisieri: *Compendium processuum Sancti Officii Romae: Sociedad Romana de la Historia patria*, III. III. IV.

(3) Ochino llevó después una vida errante y desgraciada. Estuvo primero en Augsburgo, luego en Londres y por último se estableció en Zurich como predicador de los protestantes italianos que allí había. Después se casó y llegó á ser padre de cuatro hijos. Sus opiniones libres sobre muchos dogmas de la Iglesia reformada le atrajeron el odio de los fanáticos teólogos y de las autoridades suizas, debiendo por este motivo abandonar las comarcas helvéticas. Desterrado mas adelante de Alemania, se dirigió á Polonia; pero también fué de allí expulsado, perdiendo uno tras otro á todos los suyos, que perecieron víctimas de la peste. Murió en Schlackau en 1564, á la edad de setenta y ocho años. Véase Bernath, *Bernardino Ochino* (Leipzig, 1875).

ejerciendo la mas severa vigilancia sobre las personas y los libros. De nada sirvieron á la duquesa Renata de Ferrara su alta posición ni el descender de reyes: su propio esposo se aprovechó de sus ideas heréticas para romper la alianza con Francia y para apoderarse de sus rentas, separándola de sus hijos y teniéndola encerrada en la cárcel (4). La duquesa perdió todo su valor, y apostató de sus creencias, con gran disgusto de sus correligionarios (5). Entonces fué puesta en libertad, y aun cuando siguió manteniendo secreta correspondencia con Calvino, los protestantes la habían perdido para siempre. El protestantismo no podía ya sostenerse en Italia.

Calvino se mostró infatigable en el socorro de los italianos perseguidos, pues viendo que no podía salvar las cosas, quiso por lo menos consolar y proteger á las personas. A este efecto, escribió á sus correligionarios encarcelados para fortalecer su ánimo, y recogió á los que habían ido á Ginebra, organizándolos en una comunidad, la cual se compuso casi exclusivamente de fugitivos de alta categoría que habían abandonado sus riquezas y honores por salvar sus creencias, pues el pueblo italiano por su parte siempre se mantuvo fiel al catolicismo. Pronto se reunieron en la ciudad del Lemán trescientas familias protestantes de Italia; pero cuanto mas importante era esta emigración bajo el punto de vista espiritual, tanto menos dispuesta se encontraba á someterse á la tiránica tutela de las doctrinas y disciplina de Calvino; pues las opiniones de Juan de Valdés eran mas tolerantes, mas humanitarias y mas claras que las de aquel reformador. Así Calvino condenó por heréticas ciento diez de sus confesiones (6). Ochino fué el primero que tuvo que huir de Ginebra, á donde volvió después; pero desterrado en 1553, después de muchas vicisitudes, murió víctima de la peste. Lelio Sozzini, el fundador de la secta de los socinianos ó unitarios, negó no solo la predestinación, sino el dogma de la Trinidad, por lo cual tuvo que salir también de Ginebra, muriendo en 1562 en Zurich, á la edad de treinta y siete años, y siendo muy combatidas sus doctrinas. Muchos otros individuos de la colonia italiana de Ginebra, especialmente el médico Jorge Blandrata de Saluzzo, se pronunciaron en contra de la Trinidad, después de la ejecución de Servet, y se vieron obligados á emprender la fuga para librarse de la terrible cólera del reformador. Otro italiano, el calabrés Juan Valentin Gentile, fué condenado á muerte por la misma causa y solo se salvó con una vergonzosa retractación, á la que siguió pronto la fuga; y habiendo después insistido en sus antiguas ideas, fué ejecutado en Berna. La intolerancia era el signo distintivo así de los católicos como de los protestantes; ningun enemigo de Calvino encontraba gracia en este reformador que contribuyó poderosamente á extirpar el antitrinitarismo en Alemania y en Francia.

En España, el movimiento reformador se manifestó mas resistente que en Italia, por mas que solo tuviera partidarios en las clases elevadas, ya que la Reforma poca aceptación encontró en la gente del pueblo.

Antes de ocupar el trono Felipe, la Inquisición, que existía ya desde los tiempos de Fernando é Isabel la Católica, se mostraba poco severa para con las innovaciones protestantes. Entonces recibía sus inspiraciones de los reyes: el Consejo supremo de la Inquisición era nombrado por el monarca y el Papa solo tenia derecho de sancionar el nombramiento de inquisidor general. El Consejo obraba en todos los

(4) Véase A. de Drussel: *Hércules de Ferrara y sus relaciones con Mauricio de Sajonia y con los jesuitas* (Munich 1575) pág. 40.

(5) *Le diable en a fait ses triomphes*, le escribió Calvino en 2 de febrero de 1555.

(6) Th. Beza: *Epistola Theologica*. (Ginebra 1575) pág. 40.

asuntos importantes de conformidad con la voluntad real; y Felipe, como protector del Santo Oficio, impedía de tal suerte que el Papa influyera en la Inquisición española, que esta hubo de ser declarada institución real (1).

La persecución contra los protestantes se dejó sentir por vez primera en Valladolid, donde en 21 de mayo de 1559 fueron quemados vivos catorce de ellos, mientras otros diez y seis se retractaban públicamente de sus creencias, en medio de horriblos martirios. Entre los ejecutados se contaba el predicador y ex-capellán de la corte del emperador, doctor Agustín Cazalla, jefe de los protestantes castellanos, y otros sacerdotes y muchas damas de la nobleza. La memoria y las familias de estos infelices fueron declaradas infames. En 8 de octubre del propio año hubo un nuevo auto de fe en Valladolid, que era entonces la capital del reino: el rey, su hijo Carlos, toda la corte y millares de espectadores asistieron á tan triste espectáculo como si se tratara de una diversión. En Inglaterra, la hoguera repugnó siempre al pueblo; la ejecución de Servet encontró gran oposición entre los reformadores suizos; el pueblo español, por el contrario, llevado de su siniestro y cruel fanatismo, presenciaba los autos con el mismo placer con que asistía al teatro ó á las corridas de toros. Individuos de la mas alta nobleza morían envueltos en las llamas; y á los condenados á muerte se les ponía durante el tránsito de la cárcel á la hoguera una mordaza en la boca para impedirles que proclamasen en alta voz y delante del pueblo sus creencias (2). Algunos escritores modernos, fundándose en el carácter regio de la Inquisición han querido absolver á la Iglesia de los horrores del Santo Oficio; pero ¿por ventura la Inquisición pontificia procedía de otra suerte? Además está probado que Paulo IV aprobó los hechos de Valladolid, y que por medio de una bula autorizó al Inquisidor general y á su Consejo para que entregara al brazo secular, es decir para que condenara á muerte, á todos los herejes, aun á aquellos que no fuesen relapsos así como á los que abjurasen de sus errores «no espontáneamente y con pura conciencia, sino por miedo de la muerte y para librarse de la cárcel (3).» Con esta autorización podían los inquisidores tratar á su antojo á los infelices perseguidos.

El inquisidor general Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, supo proporcionarse noticia exacta de todas las personas sospechosas; y dispuso que el mismo jefe de la Iglesia española, el arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, fuese tachado de adicto á la herejía de Lutero, arrestado y encer-

(1) Véase Salgado: *De Supplicatione ad Sanctissimum* (Lyon 1664) pars II, cap. 33, §§ 13, 26-28.

(2) Por lo que dice el autor parecería que la corte, la nobleza y el pueblo presenciaban las ejecuciones capitales y la quema de herejes, y esto no es cierto. Los autos de fe se celebraban en la plaza Mayor de la población donde tenían efecto, con asistencia de autoridades y pueblo en multitud inmensa; pero allí no se hacía mas que leer los procesos y las sentencias de los reos en presencia de estos; recibir las abjuraciones públicas de los que debían hacerlas, y enviar luego á cada cual al lugar de su castigo. Los relajados al brazo seglar eran condenados á muerte, no por la Inquisición, sino por el poder civil, y ejecutados fuera del sitio donde se celebraba el auto de fe, á veces al día siguiente, en un lugar apartado, al cual no asistían sino la justicia civil y la infima plebe como espectador. Ni la corte ni los representantes de la Iglesia presenciaban la muerte de los relajados, y la Inquisición tenía la hipocresía de decir en todas sus sentencias, después de declarar impenitente á un reo: «y le relajamos y entregamos al brazo seglar, al cual rogamos se haya con él suave y benignamente y no proceda á la pena de muerte ni efusión de sangre.» Esto no salvaba al infeliz relajado; pero prueba en primer lugar que el espectáculo de un auto de fe no era tan repugnante como se supone y en segundo lugar que el poder civil no dejaba á nadie la facultad de imponer la pena de muerte ni en España ni en Portugal. (N. del T.)

(3) Modesto Lafuente: *Historia general de España* t. XIII, pág. 63. Esta obra es una excelente historia nacional, fruto de generales y profundos estudios.

rado en horrible cárcel, donde se consumió por espacio de ocho años, hasta que, á consecuencia de las repetidas instancias del Papa, fué conducido en 1567 á Roma. Allí fué encerrado en el castillo de San Angelo, y después de haber permanecido en este encierro nueve años y de haber abjurado de sus errores, y teniendo en cuenta los servicios anteriormente por él prestados á la Iglesia fué condenado á terminar su vida en un convento. Pocos días después de haberse dictado esta sentencia, falleció (mayo de 1576).

Pronto se dirigió la persecución contra los protestantes andaluces, cuyo jefe era en aquel tiempo el doctor Constantino Ponce de la Fuente, amigo y coadyutor del canónigo sevillano Egidio, ex-predicador del emperador y después canónigo de Sevilla. Hacia mucho tiempo que proclamaba desde el púlpito doctrinas tanto heréticas, y por último se encontraron algunos escritos luteranos que evidentemente le pertenecían; en vista de lo cual fué detenido y encerrado en una cárcel de tan malas condiciones, que al poco tiempo una enfermedad mortal le llevó al sepulcro (1559). Sus partidarios fueron pronto apresados por la Inquisición, y en el propio año de 1559 acabóse con los protestantes de Sevilla y de Valladolid. Los teólogos mas eruditos y considerados fueron los que levantaron las hogueras que al año siguiente ardieron también en Toledo, Zaragoza y Logroño.

Esta energía con que procedieron Felipe II y la Inquisición acabó por completo con el protestantismo en España, pues si bien siguieron dictándose de tarde en tarde algunas sentencias por herejía, esta no pudo ya volver á tomar incremento. El silencio de la muerte moral se extendió por toda España; y todos temían que una palabra indiscreta, un gesto atrajese sobre ellos la sospecha de falta de religiosidad. Ya se deja comprender cuán perjudicado se vería el desarrollo intelectual de España por esta enorme presión y por el miedo que infundía. Y por si esto no bastara, Felipe II prohibió, en 1559, bajo pena de pérdida de la nacionalidad española, de confiscación de bienes y de destierro perpetuo, que sus súbditos visitaran ó cursaran las escuelas y universidades extranjeras (4). Una muralla infranqueable debía por lo tanto separar á España de la vida intelectual de Europa.

El que quería gozar de mas independencia huía al extranjero, así es que los protestantes españoles se dirigieron á Ginebra, Alemania é Inglaterra donde eran bien acogidos, de suerte que encontramos colonias españolas en Londres, en Francfort, etc., que traducían á su idioma patrio la Biblia y publicaban en castellano las obras teológico-protestantes. Pero los que por este medio habían creído encontrar eco en su antigua patria hubieron de desengañarse muy pronto; pues el miedo y la fe hacían imposible cualquier movimiento que en sentido de la Reforma se intentara en España. Aun aquellos mismos hombres y mujeres que la Iglesia católica colocó después en el número de sus santos, permanecieron por algun tiempo en los calabozos de la Inquisición; así aconteció con Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Juan de Ribera, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz (el doctor *extaticus*), José de Calasanz y otros.

¡A qué precio hubo de comprar Felipe la unidad religiosa y política de los Estados españoles! No solo el florecimiento intelectual sino el material hubieron de sufrir las graves consecuencias del furor de aquel doble despotismo seglar y religioso.

Esto no obstante, Felipe II distaba mucho de ser un buen católico, en el sentido en que lo comprendía el Pontificado durante la Edad media, y en que el ultramontanismo lo comprende en nuestros días; pues que no se contentaba con

(4) Lafuente, obra y tomo citados, página 75.

